

Históricas Digital

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario tuvo en Acámbaro la semana santa, y de una breve relación de los indios chichimecas”

p. 159-162

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

macetas de sellos, bujetas, dedales, báculos, jícaras y escritorios. Todos los de aquella guardianía hablan la lengua tarasca, y caen en la parte y obispado de Michoacán, y son de la jurisdicción de México.

[CAPÍTULO XCIV]

*De cómo el padre comisario tuvo en Acámbaro la semana santa,
y de una breve relación de los indios chichimecas*

Volviendo al padre comisario general, que quedó en el convento de Acámbaro, es de saber que el domingo de ramos los bendijo con las ceremonias y solemnidades acostumbradas; cantó la pasión un religioso de los de México, a sus solas y ayudándole los cantores indios con la voz del pueblo a canto de órgano, y todos lo hicieron muy bien, con mucho orden y concierto; los otros días cantó también la pasión el mismo fraile, sin que nadie le ayudase, y hízolo asimesmo maravillosamente; celebráronse allí en Acámbaro los oficios de la semana santa con mucha solemnidad y devoción, hubo muchos frailes, y acudieron muchos españoles de toda aquella comarca e infinidad de indios, así tarascos como otomíes; a los españoles predicó el padre comisario el jueves santo a la misa mayor, y a la tarde lavó los pies a los frailes, cantando primero el evangelio del mandato con mucha autoridad y devoción; a los indios tarascos predicó otro religioso, y otro a los otomíes. Hubo a la noche procesión y disciplina de indios, después salió otra de españoles mestizos, negros y mulatos, y en ellas y mientras se celebraron aquella semana los divinos oficios anduvieron muchos indios por orden de la justicia con arcos y flechas a punto de guerra, guardando la iglesia por respeto a los chichimecas que no están lejos de allí, de la otra banda del Río Grande, para que si acaso viniesen no los hallasen descuidados, porque en semejantes solemnidades y fiestas suelen ellos hacer sus saltos. Y porque en esta relación se ha hecho muchas y diversas veces mención y memoria de chichimecas, no será fuera de propósito dar en este lugar una breve y sumaria cuenta dellos y de su tierra, y modo de vivir y pelear.

Chichimecas es vocablo mexicano y nombre genérico, debajo del cual se comprenden muchas naciones de indios bárbaros de diferentes lenguas que se ocupan en robar, saltar y matar en lo de México hacia Zacatecas y de la otra parte, y a un lado y a otro; todos estos indios de guerra son llamados comúnmente chichimecas, de los españoles y aun de los indios

mexicanos y tarascos; la habitación y morada destes chichimecas es una ranhería y casillas de paja en sierras o junto a sierras en lugares ásperos y fragosos, por estar más seguros, y nunca en llanos, inimicísimos sobremanera de estar en pueblos o congregaciones. De allí salen a hacer asaltos y robos cuando ven la suya y se les ofrece buena ocasión; no tienen ídolos ni adoración ninguna que hasta agora se les haya conocido, sino que en esto, como en otras muchas cosas, difieren poco de los animales brutos. Son crueles sobremanera, y amicísimos de matar cristianos, indios o españoles, con los cuales traen continua guerra, y parece que no se hartan de matar en ellos, y aun unos con otros, los que son de diferentes lenguas, traen siempre diferencias y contiendas. Es gente muy belicosa y hacen gran daño en los españoles y en los indios de paz, respecto de que por la mayor parte acometen a traición y como a cosa hecha y sobre seguro, aguardando en los malos pasos, en las barrancas y angosturas donde los españoles no se pueden aprovechar de las armas y caballos, y si al principio hacen alguna buena suerte, son como unos bravos leones, y dan tantos y tan fieros y espantosos gritos y alaridos, que bastan a turbar y desconcertar mucha gente, como de hecho lo han hecho muchas veces, siendo muy pocos y los españoles muchos; pero si les sucede mal, por estar sobre aviso y prevenidos los españoles y hacerles rostro, y les matan o hieren algún compañero, luego desmayan y se acobardan mucho; nunca por maravilla acometen, si no es de repente y de improviso, de suerte que cuando son sentidos ya han echado una terrible rociada de flechas y hecho mucho daño, procurando turbar con esto y con sus gritos y algazaras los caballos y gente. Las armas que traen son arco y flechas, y están tan diestros en jugarlas, que antes que llegue la flecha al lugar donde la envían sale ya otra del arco, y luego otra y otras, y son tan ciertos en tirar y tan buenos punteros, que si apuntan al ojo y dan en la ceja, lo tienen por mal tiro; pero críanse y ensáyanse en esto desde niños, y éste es su ejercicio desde que llegan a edad de poder tirar un arco pequeño, y así salen grandes tiradores.

Todos los chichimecas, hombres y mujeres y niños, son gente de guerra, porque todos se ayudan para hacer la munición y flechería, y es cosa muy de notar que cada nación de los chichimecas se diferencia en las flechas, en la forma y marca que les echan, de suerte que así como difieren en las lenguas, así difieren en la flechería; los primeros y segundos tiros, y aun los terceros del chichimeca, van con tanta fuerza que cuasi hacen la operación que un arcabuz, porque pasan con una flecha una res vacuna de parte a parte, y se ha visto pasar cuatro dobleces de cota de malla y coserle a un soldado el muslo con entrambos arzones, y pasar de parte a parte un flasco de cuerno, en que llevan pólvora, y enclavarlo en la

silla. Han muerto muchos españoles e indios cristianos, y robado muchas y muy grandes haciendas, y captivado mujeres, especial en el camino que va de México a Zacatecas, y por este peligro van soldados con los carros que andan aquella carrera, y aun muchas veces no basta, porque los aguardan en pasos angostos y peligrosos y los cogen descuidados y los matan y hacen huir, y aun porque es ya muy grande el miedo que les han cobrado los españoles, especialmente los que no se han visto en riefigas con ellos y oyen los gritos, alaridos y vocería que dan. Su principal intento de los chichimecas, cuando hacen estos asaltos, es de coger ropa para vestirse, porque la tierra en que habitan es muy fría, y aunque cojan muchas pipas de vino, no permiten los que los gobiernan que beban gota, ni la beben, sino que quiebran las pipas y derraman el vino, y usan deste término y astucia para que no se les emborrache la gente; pero allá en sus tierras y rancherías es donde ellos hacen sus borracheras cuando no tienen cerca los enemigos. Tampoco solían tomar la plata, porque no la estimaban en nada, mas ya dicen que la toman, y que los que son entre ellos ladinos en lengua mexicana o castellana, rescatan con ella ropa cuando tienen necesidad y no hallan adónde hacer presa y salto; no matan mujer ninguna porque las han menester y les sirven, en lugar de las cuales toman los españoles cuando hacen entradas, de que no poco ni pequeño daño se ha seguido porque con la rabia que tienen de verse sin mujeres, salen como desesperados en busca de otras, y nunca les falta ocasión de pagarse, y aun ha sucedido captivar españolas y tenérselas allá muchos años y aun no se sabe las que agora tienen. Algunos religiosos han muerto, y casi todos han sido de nuestra orden, y yendo en compañía de soldados, o otros españoles, o por su respecto, porque a solos los frailes nunca han hecho daño, lo cual no es poco de considerar.

Es gente bien dispuesta, morena, robusta, ligera y para mucho trabajo, tienen los rostros rayados, lo cual hacen por galanía y por su contento, aunque a nosotros nos parecen muy feos así; ya (según dicen) andan muchos dellos a caballo, y así a caballo flechan, aunque el tiro desta manera no es tan cierto como a pie; gustan mucho de comer carne y así destruyen el ganado vacuno (que por lo ovejuno poco se les da) y a falta desto, comen caballo y mulas; han hecho grandísimas crueldades en los españoles que han venido a sus manos, y daño muy notable en todo lo de México, lo cual no se pone aquí en particular por no hacer larga historia de negocio que no es del propósito que aquí se pretende; basta decir que así como Dios quiso que se quedasen los jebuseos en la tierra de promisión, con quien los del pueblo de Israel tuviesen siempre guerra, no descuidándose con ellos ni de día ni de noche, así permite Dios o lo quiere así, que estos chichimecas anden con los españoles, dándoles siem-

pre arma y poniéndolos en cuidado, y hácenles ventaja muy grande, porque para pelear no tienen necesidad de llevar consigo vituallas ni aparatos de guerra, como los españoles, sino solamente arco y flechas, porque donde quiera que llegan hallan que comer raíces, yerbas, tunas y lechuguillas, que son maguey silvestre, y mezquite, que es la fruta de un árbol de que hacen pan, con lo cual se sustentan y viven sanos, recios y valientes. La tierra que poseen parece mucho a la de nuestra España: danse en ella muchas y muy buenas uvas, higos y otras frutas de Castilla, y se daría trigo y cebada y todo lo demás que se da en las tierras frías de España; dase también mucha tuna, y hay maravillosos pastos y infinidad de ganado mayor. De muchas naciones de chichimecas se pondrán aquí algunas, las más conocidas, y son éstas: pamíes, zacatecos, atanatoyas, huaxabanes, copuces, tepeuanes y huachichiles, los cuales son más valientes y atrevidos y los mayores salteadores de todos; no es mucha la tierra que éstos tienen, pero bien la defienden, todos caen en la banda del norte de México, y esto basta desta materia, que será bien dar la vuelta a Acámbaro donde quedó el padre comisario, jueves santo, en la noche, veintiséis de marzo.

[CAPÍTULO XCV]

De cómo el padre comisario volvió a Valladolid y de una cédula real que allí recibió, y de un temblor de tierra que sucedió en Guatemala

Viernes santo veintisiete de marzo, cantada en el convento de Acámbaro la pasión y las demás oraciones de aquel día, adorada la cruz y desencerrado el santísimo sacramento, y hechas las demás ceremonias y solemnidades con mucho concierto, orden y gravedad, y dichas las vísperas como el ordinario romano lo manda, se entró el padre comisario, llegada la hora, al refectorio y comió pan y agua con los demás frailes, como se acostumbra en la orden, y habiendo concluido los negocios a que fue a aquel convento, salió de Acámbaro la vía de Uruapan, que había de ser por Valladolid y Pátzcuaro; salieron con él un gran trecho muchos españoles, y habiéndolos despedido prosiguió su viaje y andadas tres leguas por el mismo camino que el sábado antes había llevado, llegó, andadas aquellas tres leguas, al pueblo y convento de Tzinapícuaro, donde descansó hasta la media noche.

Sábado santo veintiocho de marzo, a la media noche y aun un poco antes, salió el padre comisario de aquel convento, y por el mismo camino